

EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

SUMARIO.

TEXTO.—Amor y fatalidad, leyenda caballeresca por A. E. de E. y S. (continuación).—Epitalamio, por Estelrich.—¿.....? por D. F. de Madariaga.—El entierro, por D. S. Rueda.—Luz y sombra, por D. Juan Redondo y Menduñá.

GRABADO.—Estudios arqueológicos. Antigua Puerta del Muelle.—Momia de Don Jaime II Rey de Mallorca.

AMOR Y FATALIDAD.

LEYENDA CABALLERESCA.

(CONTINUACION.)

ECLARÓ su pensamiento á la jóven, pero nada adelantaba; Elvira, al oír hablar de amores, contestaba con entereza que jamás oiría liviandades y ligerezas dignas del libertinaje del campamento.

Don Beltran al oír tales palabras se desesperaba.

Ferran, el cómplice del marqués de Ferraza, habia logrado parar un golpe que su amo le dirigió; era un lazo en el que irremisiblemente hubiera perecido, si su mision en la tierra no hubiese estado aun cumplida; el buen Ferran reflexionó que quien hacia un cesto haria ciento, y resolvió apartar las ocasiones para evitar el peligro; ningunas circunstancias mejores que las presentes se le podian presentar, para apartarse del servicio del marqués con la estancia en el pais de don Beltran, al que se presentó, y en cuyo servicio fué admitido; verdad es tambien que perdía en categoría lo que ganaba en seguridad. Pasaba del servicio de un marqués al de un baron.

Poco tardó Ferran en comprender el amor que

don Beltran tenia á Elvira, y bien sabia él que ella jamás le amaria, pero tambien comprendió con su sagacidad acostumbrada, que en estos amores tenia una mina que diestramente explotada no dejaria de valerle buenas ganancias.

X.

SIGUEN LOS SUCESOS PASADOS.

Ferran se presentó atrevidamente á su señor, y con ademan resuelto le dijo:

—Señor, vos amais y no sois amado; bien conozco la historia de vuestros amores.

—Miserable, si sabes algo guárdate de hablar, porque si algo dijese, ¡por Dios! te costarian tus habladurías...

—Mal me conoceis, noble don Beltran, y hablais como quien no conoce á Ferran, yo tengo en mi mano el éxito de vuestras pretensiones.

Don Beltran no quiso hacer caso á su sirviente, y volviéndole las espaldas no se dignó ni contestarle siquiera.

—Muy bien, se dijo Ferran, este negocio me va á valer mas de lo que creía.

Y Ferran pensó perfectamente al reflexionar así, porque al fin el marqués le ofreció tesoros si algun dia se llamaba esposo de Elvira.

—Decid á doña Elvira que sabeis que su hijo vive, dijo Ferran.

—¿Su hijo? exclamó don Beltran. ¿tiene algun hijo Elvira?

Ferran contó á su amo parte de la historia de la jóven, asegurándole que en su mano estaba el secreto de la existencia de los hijos del difunto marqués.

Desde este dia empezó á adelantar en sus amores; Elvira no amaba á don Beltran, pero amaba á su hijo con delirio, y hasta llegó á creer que dando su mano al baron, este haria conocer a

residencia del hijo de sus entrañas. La infeliz se engañó: ya esposa de don Beltran, siempre que le hablaba Elvira de su primer amor, arrugaba el entrecejo, y sin contestarla se retiraba. El buen Ferran fué recompensado, y faltáramos á la verdad histórica si dijésemos que pensó en un punto en rehusar el premio que de justicia creía merecer.

Elvira llegó á conocer que iba á ser madre; sus megillas se colorearon, y llena de júbilo solicitó una entrevista de su marido, del que hacia tiempo estaba como alejada.

—Don Beltran, dijo Elvira ruborizada, grata noticia tengo que comunicaros, y en albricias de ellas, ¿no me equivocaré que dareis el correspondiente galardón?

Don Beltran la preguntó:

—Elvira hermosa, ¿qué decis?

—Señor, contemplad vuestra ventura y la mia, soy madre.

—Elvira del alma mia, ¿qué desea tu corazón? ¿Qué puede satisfacer tu capricho?

—Señor: dejadme una vez no mas abrazar á mi hijo.

El noble rechazó á la jóven que á sus rodillas habia caído, y echando un espantoso juramento desapareció rápidamente.

Seis meses trascurrieron, don Beltran, regocijado, estrechó entre sus brazos á su tierna hija Florinda, y deseoso de proporcionar á su esposa un bálsamo á su dolor, mandó á Ferran que condujera al castillo, no al hijo de Elvira y del marqués, porque su vista jamás podria soportar la vista de aquel niño, fruto de aquellos amores, porque él conocia que Elvira no le amaba, y no podria resistir sus celos de tener siempre ante su vista á el hijo del que amó su esposa.

El engaño que obraba con Elvira lo creia en cierto modo disculpable; mientras la jóven creia que abrazaba á su hijo, abrazaria al hijo del marqués, pero con todo no al suyo, y así don Beltran, que era caballero, se hubiera tenido por villano si hubiera manchado sus labios con una mentira, la dijo un dia:

—Elvira, Ferran partirá mañana á traer el hijo del marqués de Ferraza.

—Dios miol dijo la madre, ¡he resistido la desdicha, dadme fuerza para apurar la felicidad! y se llevó la mano á su palpitante pecho.

Ferran partió con mandatos del baron, el que avistado antes con el marqués, entre los dos convinieron que el hijo de Elvira fuese embarcado y llevado á donde la suerte le deparase, y

que el hijo primero del marqués, ocultándole su nacimiento, ocupase una plaza de page del baron. El de Ferraza se creia mas seguro presentando sin temor alguno en el mundo á su sobrino, mejor que ocultándolo en los bosques, pues una casualidad podia poner en evidencia sus maquinaciones y maldades; á mas el baron le amenazó de que si no consentia en lo que le habia propuesto, descubriria su bastarda ambicion. El marqués, intimidado, condescendió en lo que se le pedia, maldiciendo entre sí al perverso Ferran, que tan villanamente le vendia, y jurando entre sí que la hora de su venganza algun tiempo le llegaria.

Los propósitos del baron se verificaron; Ferran corrió velozmente antes que el de Ferraza no les hiciera alguna mala jugada, y pasado algun tiempo Elvira abrazó á un jovencito rubio de ojos azules, al que la presentaron como hijo suyo, y al que la madre cubrió de ardientes y apasionados besos, sin que inquietaran nada estas pruebas de cariño al desconfiado y celoso don Beltran.

Florinda y el jóven se acostumbraron á llamarse y amarse como hermanos. Ferran, arrepentido de sus anteriores maldades, servia con extraordinario interés y solicitud á madre é hijo. A veces se le veia enjugarse furtivas lágrimas que de sus mejillas caian, y aumentábase asimismo su mal humor hácia los demas, á medida que amaba mas y mas á los dos interesantes seres, á los que parecia dedicado particularmente.

Don Beltran estaba siempre sombrío, pudiendo únicamente distraerle las infantiles gracias de su hija.

Elvira murió, y su hijo desapareció á su muerte sin que esta súbita desaparicion llamase la atencion de don Beltran; únicamente una persona supo adonde encaminó sus pasos.

Esta persona era Ferran, el buen Ferran, que vimos pasablemente gruñir en uno de los primeros capítulos de esta leyenda, y el que tan borascosa juventud pasó.

XI.

LA CRUZ Y EL PUÑAL.

Don Beltran pensaba en esta triste historia, y le parecia que la fatalidad se complacia en perseguir á esta desgraciada familia.

Florinda, las facciones desencajadas, agitada por horribles convulsiones, su tez de un subido

carmin, su respiracion fatigosa, tenia á su padre en una continuada ansia, que cada minuto pesaba en su cabeza como si fueran cien siglos.

—¡Pobre hija mia! murmuraba.

—No... no... exclamaba delirando la enferma; te engañas, corazon mio, te has engañado al decirte que era su esposa; ¿no es verdad que no puede serlo una madre?

—Cálmate, hija mia, tu padre vela, duerme, duerme, decia don Beltran.

—No lo creas, decia la jóven llevándose la mano á los lábios, y abriendo unos ojos desmesurados; no lo creas, porque aun no se lo he dicho... pero se lo diré á Roberto; es muy bueno, muy generoso, y él nos ayudará á tí y á mí... ¡Ay Dios! ¡que es mi padre!

—¿Qué sientes, vida mia? ¿Estás mejor? preguntó el baron.

—¡Ah! dijo respirando la delirante Florinda; me he equivocado, siento un dolor aquí... no puedo respirar... me arde la cabeza.

—Ya se pasará, ¿quieres tomar esta pocion?

—¡Está mi padre tan airado! ¡Desgraciada de tí! dice, ¡si supiera nuestra falta! ¡Desgraciada de tí! dice..... Pero no temas nada, no sabes cuán valerosa es la muger; ¿no sabes que una madre arrostrará los mayores peligros? no confies en mí... te digo, Luis, que no me juzgas bien si crees que me intimida mi padre con ¡desgraciada de tí! Y la jóven ahuecaba la voz al pronunciar estas palabras; ¿qué me importa la muerte si es para mí la felicidad?... ¡desgraciada de tí!... Vete, vete, Luis, yo no temo nada; pero si no sufriera mas que yo... Pero eres tú el que mataria, te diria que habias robado su honor; ¡qué necedad! No es verdad, pero no sabes qué genio tan despótico tiene; le quiero tanto como á tí y como á ella; ¡desgraciada de tí!... Vete, vete, si viera correr tu sangre me volveria loca; sangre, y tuya... ¡Ay! ¡Ay!

(Se continuará.)

EPITALAMIO.

¿Porqué frías cenizas
los pebeteros guardan
de la inocente VESTA?
¿Cuál vírgen pudo abandonar las aras?

¿Acaso es una amiga
á quién Amor inflama,
á quién no infunde miedo
de la ley dura la feroz venganza?

Y con furtivos pasos
yo sé que á la sagrada
mansion del Amor llega
y dice al NIÑO-DIOS estas palabras:

—Robé teas y mirra
¡Solo á tus plantas ardan!
VESTA no llena nunca
el inmenso vacío de las almas.—

Alhagos y caricias
estrechamente enlazan
el dios compadecido
y la tímida vírgen entusiastas.

Más claro el sol refulge,
más aromada el aura,
más túbias son las noches,
mas vaguedad el pensamiento guarda...

Quise entrar atrevido
en la nupcial estancia
y el ANGEL DEL SILENCIO
cerró mi paso con sus largas alas.

Mas desde aqui ferviente
levanto mi plegaria
para que sobre aquéllos
viertan sus dones las amigas GRACIAS.
ESTELRICH.

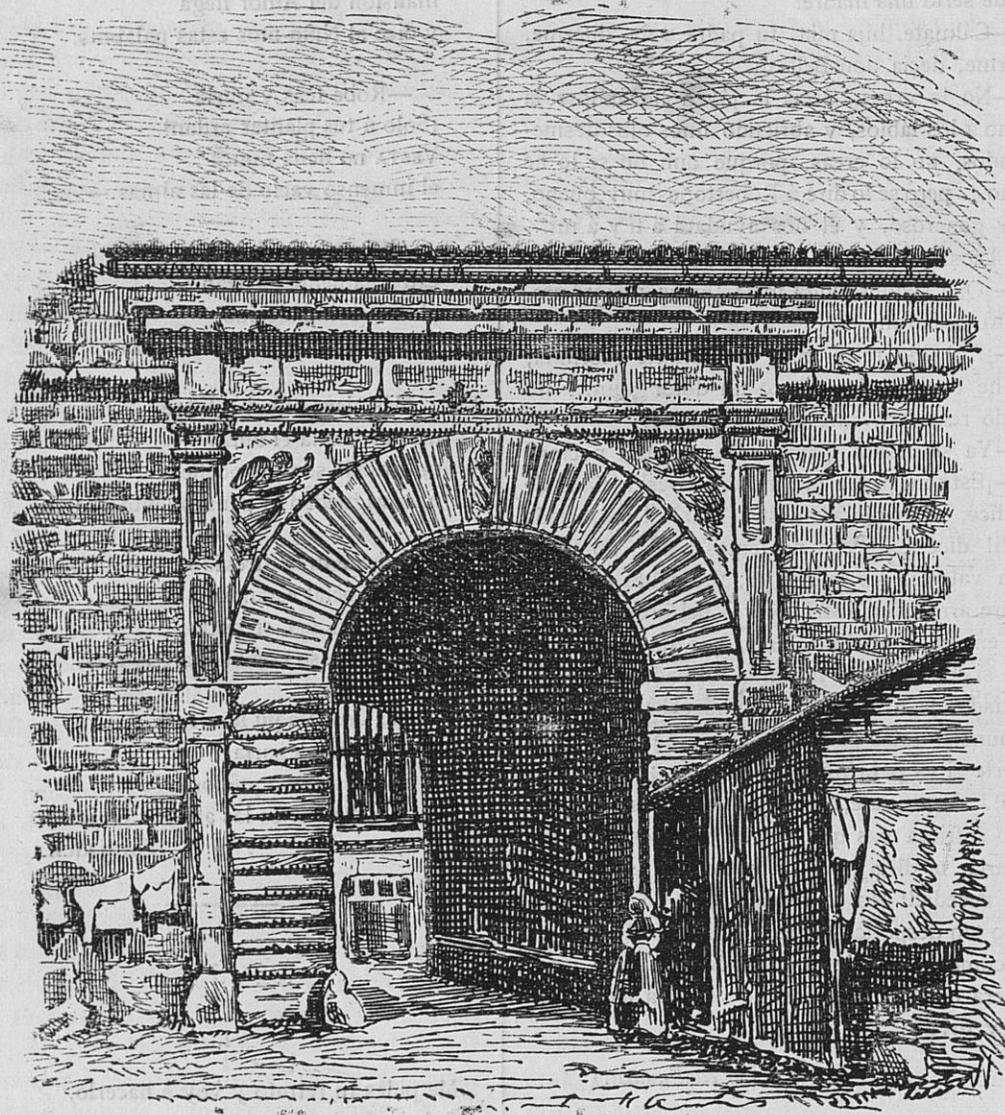
.... ¿ ?

I.

Me pides tu retrato y voy á hacerlo.

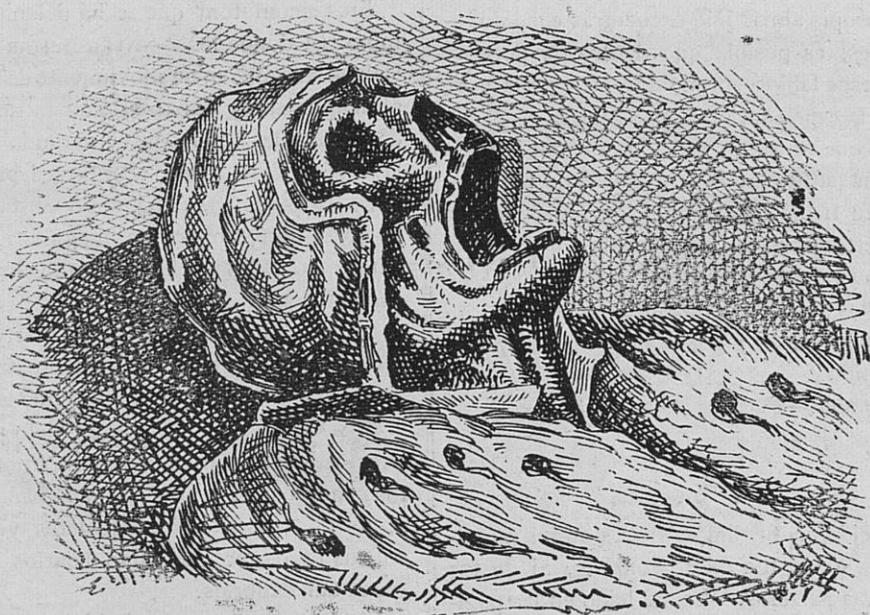
Solo quiero advertirte que, como no soy pintor, sino aspirante á psicólogo en vez de fotografiar tu cuerpo, voy á desdoblar tu alma para mostrártela. No me detendré, pues, en pintar con vivos colores tu purpúrea y pequeña boca, verdadero nido de amor, ni tus sonrosadas mejillas, ni el brillo de tus pardos ojos, ni la gracia voluptuosa de tus orejas divinas. Canten otros las perfecciones de tu hermoso seno, digno de la estatuaria antigua, y el inimitable encanto de tu cuello, que inanimado pareciera obra del cincel

ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS.



ANTIGUA PUERTA DEL MUELLE.

ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS.



MOMIA DE D. JAIME II, REY DE MALLORCA.

de Fidiás. Hablen los que te admiran de la transparencia de tu cutis, de la delicadeza de tus venas, de esos ricos hoyuelos que aparecen cuando ríes, de esas coquetas manos que mueves con tanto arte, de ese guiño imperceptible con que das colorido á tu armoniosa palabra y de esos tentadores rizos que ponen sello á tu pecadora cara.

Yo voy á entendérmelas con tu alma tan solo.

II.

¿Te ríes?—¿Crees una fátua pretension, esta pretension mía de poner ante esos aterciopelados ojos, tu propia alma? ¿Me encuentras cándido?—Ríete, pues; es posible que dentro de poco se borre de esos lábios encendidos la sonrisa y de esos ojos la espresion burlona. Tal vez no pueda decirte lo que tu sabes; pero lo que aun ignoras de tí misma ¡ah! eso, eso si que puedo decírtelo!—Hé leído en tí, no como en un libro que me han dado abierto sino como en un libro que yo he ojeado haciéndome el distraido y en el cual hé puesto notas que aun su dueño no conoce.

Te leeré las notas y por ellas comprenderás lo que hé sabido.

¿Te ríes aun?—Pues escucha.

III.

No hé leído en tu alma á través de tus mentirosos ojos, ni de tus falsas sonrisas, ni de tus engañadoras palabras.—La hé leído en las páginas que tú me has ocultado, porque ¡oh muger! eres tan hija de la Eva inmortal que hasta para calmar mis angustias, hasta para curar mis heridas, hasta para llevar consuelos á mi corazón, hasta para hacerme bien; has *finjido!*

IV.

Si has *finjido!*—No es esa, no, tu naturaleza. No son esos, no, tus instintos. No eran esos, no, tus propósitos. Tu has nacido para el mal y á mí no me has hecho sino bien. Hasta á tí misma has engañado!

Has nacido para el mal, sí.—Lo dicen con lenguaje elocuentísimo, esos ojos que despiden frías llamas, esa boca que sonríe cual no sonríe ninguna otra, esa frente que se inclina helada y pensativa, ese pié que no toca sino que hiere el suelo cuando andas; esos cabellos rubios cuando el sol les envia un rayo de luz, castaño al decli-

nar la tarde, negros como la desesperacion, á la media noche. ¡Oh, sí! has nacido para el mal: Tú mismo cuerpo, hermosísimo y todo, no es otra cosa que una máquina de guerra, porque está construido para la lucha, para el combate, para el continuo batallar, para llevar el orgullo de la victoria en vez de la languidez del amor en la mirada, la corona del triunfo en las sienes, en vez de la cadena del vencido en los piés... ¡siempre altanera, siempre despiadada, siempre fuerte y sin remordimiento!

V.

Eres locomotora que se há detenido en su camino. ¿A dónde ibas?—Ni tu misma lo sabes.—Habias lanzado, en un movimiento de trepidacion, al maquinista, y fiabas al azar tu marcha, fuera de los carriles. Allá ibas, sembrando el terror y la muerte, destrozando campos, descuajando árboles corpulentos, arrastrando obstáculos, ébria de gozo, libre, imponente, magnífica, vomitando llamas, con tu penacho de humo, orgullosa, invencible, cruel, implacable.....

¿Quién te detuvo en esa infernal carrera? ¿Quién? ¿Fué voluntad agena? ¿fué tu propia voluntad? ¿qué fué aquello?—Dímelo si es que lo sabes.

El rio pasaba triste, bajo un cielo plomizo; no habia ruiseñores que llorasen su amor en tristísimas endechas; desnudos se hallaban los árboles, semejando gigantescos esqueletos y ocultaba el sol sus rayos, no queriendo dejarlos caer en lugares tan sombríos.

El viento azotaba con furia las ramas secas y doblaba los troncos helados. Un gemir angustiosísimo salia de los campos de juncos y espadañas. Sobre el húmedo suelo agonizaban las hojas caidas. Huían las golondrinas y las palomas torcaces..... ¿te acuerdas? Era la época del frio invierno en que todo muere.....

Solo una cosa nació entónces llena de vida. ¿Porqué te pones pálida al recordarlo?

VI.

Paró la máquina y aquel vapor que empleaba en vertiginosa marcha, quedó encerrado en sus calderas. Ya no se oyen aterradores bramidos en toda la estension de la comarca, sino suspiros que lanza el mónstruo, estremeciéndose hasta en lo mas intimo de sus palpitantes y gigantescos miembros.

Lo que era calor esparcido es ahora calor reconcentrado.

VII.

Te he estudiado mientras dormías y hasta en el sueño finjes. He tenido, pues, para comprenderte que estudiarte de particular modo y conocer cuando despierta lo que soñarías durmiendo y cuando dormida lo que harías al despertar. Aun así y todo eras una ecuacion de muchos grados y con muchas incógnitas. ¿Cómo *aprenderte* bien? En tus descuidos.—Pero como en tí todo es falaz, nunca estabas mas *sobre aviso* que cuando te hacias la distraida. Era preciso para saber que estabas descuidada, fijarse en el momento en que mas *ocupada en disimular* te finjias.

Así pues, tomando las cosas ora al revés, ora al derecho y al revés al mismo tiempo, en partes proporcionales; como soñadas las despiertas y como despiertas las soñadas; las tristes con música y las alegres con *de profundis*; la risa por suspiro, el suspiro por gemido y el gemido por carcajada; las lágrimas por ganas de bailar y el bailar por tristeza y la tristeza por coquetería y la coquetería por amor y el amor por burla y la burla por sollozos!... siempre con la teoría de las variaciones á pleito, la brújula á la vista, las tablas de logarismos en la mano y unas veces con el microscopio y otras con las coordenadas polares..... así hé podido comprenderte y descifrarte.

No me han bastado las matemáticas puras.

VIII.

Y te he comprendido tambien que voy á traducirte á leer de corrido.

Tú estás en mí y no lo estás. No estás tampoco en tí y estás sin embargo en que no, sin comprender el como no le estás. ¿Dónde estás, pues?

No estás en otra parte mas que en esta y apesar de eso, no estás en esta tampoco. ¿A dónde vás, pues, si tú no quieres ir á ninguna otra, aunque tampoco quieres dejar de ir?

Te engañas al pensar que quieres engañarme y en lo que te engañas es en el engaño en que tú estás de que engañándome, me engañas. Este es tú verdadero engaño.—

Te sientes *múltiple* y quieres ser *una*, aunque con *una* ¿qué harías? nada: Y al mismo tiempo tu no quieres *querer hacer* otra cosa que el *nada* de ahora, sin embargo de que sin querer quieres *hacer* otros *nadas*.—

Piensas en el *mañana* con afan y darías mil vidas porque no se fuera el *hoy*, cuando en el *hoy* piensas; y apesar de que el *hoy* y el *mañana*

no pueden existir juntos, tú los reunirias con gusto sino fuera porque te disgustaria ver en el *mañana*, el *hoy*.

Te enfureces porque no estás furiosa y tienes á gala la calma, cuando precisamente esta calma es la que tan furiosa te pone..... *calmosamente*, por supuesto.

Te ries porque no lloras y al reir lloras de esa risa que te impide llorar, de la cual llorando te ries.

Gozas de lo que sufres, porque sin sufrir no gozarías, pero tú, apesar de ello, sufririas sin gozo, antes que gozar sufriendo, sino fuera porque sufres al pensar que el gozo puedes perderlo.

Espera porque no tienes esperanza y no teniendo esperanza alguna, de esto lo esperas todo.

.

IX.

Me pones la mano en la boca para que calle. Bien callaré.—

Callar yo equivale á hablar tú. Y al hablar tú, queda hecho tu retrato.

X.

Pero conste que todo esto no lo hé sabido por tí misma.

Tú eres incapaz de decir una sola palabra de verdad.

Mentías cuando tus manos estrechaban las mias y tu boca pronunciaba en mi oido palabras de amor. Mentías, sí, mentías cuando, palpitante el seno, temblorosa la voz, cariñosa la mirada, rodeabas mi cuello con tus blancos y torneados brazos. Mentías, si mentías, cuando tus ojos se fijaban en mi con dulce compasion y tu corazon se desbordaba en raudales de infinita ternura y de tus lábios brotaban consuelos para mis penas angustiosas. Mentías, sí, mentías cuando de mi tristeza hacias tu tristeza, de mi llanto tu llanto, de mi dolor tu dolor.—Falso era tu amor y falso lo es que no has nacido para amar sino para finjir. No has nacido para arrullar como paloma, sino para destrozár como pantera. En tú pecho no cabe el sentimiento, porque no hay en él sitio bastante para contener el engaño.

¡Y que bien me hás engañado!—Yo mismo dudo si esto es realidad ó ficcion. ¡Cuántas veces ¡oh Dios! tus besos han enjugado mis lágrimas y cuantas tu engaño há reanimado mi vida!—

¡Cuántas veces mi ánimo desfallecido há encontrado en tu alma perversa, apoyo fuerte y mi corazón dolorido tesoros de piedad en tu seco corazón! ¡Cuántas veces hé visto en tus traidores ojos, mentidas lágrimas y en tu engañosa boca, falsísima sonrisa!

¡Oh sí: te debo horas de consuelo, horas de alegría, horas de ardiente amor y de inefables delicias, te debo la resurrección de mis muertas ilusiones, el rejuvenecimiento de mi alma; mi nuevo ardor, mi nueva vida; la muerte de mis dolores pasados; mi fé de hoy.... ¡Mujer, mujer falsa y engañadora... bendita seas!

Madrid Noviembre 1880

FEDERICO DE MADARIAGA.

EL ENTIERRO.

Vedle pasar. En dilatada hilera
Llevan al muerto á su desierta fosa,
Y en pos los hombres con la faz llorosa
De lleno invaden la fatal carrera.

Como la nube al resbalar ligera,
Pasó, dejando la existencia hermosa,
Cuando la llama del amor gozosa
Brindó á su pecho la ilusion primera.

Ricos brocados entre sedas lucen,
Y ni el tesoro á contemplar me atrevo
De flores tantas que al mirar seducen.

¡Cuánta tersura y ornamento nuevo!
Allí un cadáver entre mil conducen...
¡Aqui yo sólo mi cadáver llevo!

S. RUEDA.

LUZ Y SOMBRA.

I.

Envuelto con el manto de la gloria
Y de mirto y laurel la sien ceñida,
Un pueblo contempló la antigua historia,
Alarde haciendo de potente vida.
Orgullosos los grandes y los reyes,
El cetro empuñan de inmortal dominio,
Y de su potestad las duras leyes
Lanzan á todo el orbe el exterminio.
Conquista sin igual llevando á cabo,
Alzase Roma contra el mundo altiva,
Y su fiero poder trueca en esclavo
Al pueblo aquel que ante su ley cautiva,

II.

Y empiezan de la corte los placeres,
Apurando el magnate en sus festines
Los goces que le prestan sus mujeres,
Las flores que le dan sus mil jardines,
Sonrisas de placer... tiernas miradas...
Libaciones de *lacrima* sin cuento...
Bellas ante el magnate arrodilladas...
Luz opaca en el mágico aposento...
Del ánfora el brotar de añejo vino
Cayendo sin cesar en copa de oro...
Mujeres de semblante peregrino...
Música dulce... melodioso coro...
Algún Adulador que de ansia lleno,
Tímido escucha y á la puerta asoma...
Esta es la sala del festin ameno...
¡Esta es la vida de la altiva Roma!

III.

¿Y el pueblo? ¿Dónde está?... ¡Pregunta necia!
¿Cuándo cruzó el reptil el ancho espacio?
Al que sufre y se humilla, le desprecia
El que estudia la vida en su palacio.
El siervo miserable, que en olvido
De su señor está... que no es persona...
Que es sólo el perro, cuyo fiel ladrido
Seguirle debe desde zona á zona...
Robustos é inconscientes gladiadores
De faz adusta y de fornido brazo,
Que alegran en el *circo* á los señores,
Muriendo siempre en apretado lazo...
—«¡Este es el pueblo!... ¡Su mision es esta!...»
Exclamaba el señor desde su altura.
¡Y el pobre pueblo ni á su voz contesta,
Ni rompe airado su cadena dura!...

IV.

Mas ¡ah! que ha de cumplirse el gran misterio,
Que ha de humillar al bárbaro iracundo,
Haciendo retemblar el vasto imperio
Que amenazaba conquistar al mundo.
Se alza, por fin, del Gólgota en la cumbre
Signo de redencion y de alegría,
Y de la fe la bienhechora lumbre
Arde en la mente de la turba impía.
¡Para luz de la fe!... Si... ¡Yo te sigo!...
¡Alumbre tu fulgor nuestras ideas!...
¡Horrible esclavitud!... ¡Yo te maldigo!
¡Hermosa libertad!... ¡Bendita seas!

JUAN REDONDO Y MENDUÑA.

PALMA.—IMPRESA DE M. ROCA.